

— También es de suma utilidad para monseñor : siempre que ve á su lado esa calabaza hueca, tersa y sonora ; al ver ese pellejo hinchado y lleno de... nada, tan magníficamente ataviado que representa la parte teatral y pueril del poder soberano, conoce monseñor la vanidad de esas pompas estériles y más de una vez ha debido á la contemplación del inútil y relumbrante gentilhomme las ideas más serias y fecundas.

— Pero seamos justos, amigo mío : ¿ en qué corte se hallaría un modelo más perfecto de gentilhomme ? ¿ Quién conoce mejor que Harneim las innumerables reglas y tradiciones de la etiqueta ? ¿ Quién llevaría con más gravedad una cruz de esmalte al cuello y más majestuosamente una llave de oro á la espalda ?

— Á eso dice S. A. que la espalda de un gentilhomme tiene una contextura particular, porque se ve expresada la sumisión y la altanería alternativamente. En la espalda del gentilhomme brilla el signo simbólico de su empleo... y por eso, según dice monseñor, el dignísimo Harneim parece siempre dispuesto á presentarse de medio lado, para que se vea desde luego toda la altura de su valimiento...

— El hecho es que el asunto de la incesante meditación del conde es inquirir por qué fatal accidente se ha imaginado poner á la espalda la llave del gentilhomme... porque como dice él con harta sensatez y pesadumbre « ¡ qué diablo ! las puertas no se abren, ni se habla á la gente por la espalda ! »

— ¡ El correo, el correo, barón ! — dijo Murph señalando al reloj.

— ¡ Qué maldito de hombre ! siempre me hace charlar más de lo que conviene... vos tenéis la culpa... Ofreced mi respeto á S. A. R. — dijo el barón de Graün corriendo á tomar el sombrero. — Hasta la noche, querido Murph.

— Hasta la noche, querido barón... algo tarde, porque estoy seguro de que monseñor querrá visitar hoy mismo la casa misteriosa de la calle del Templo.

VI

LA CASA DE LA CALLE DEL TEMPLO

Queriendo aprovechar Rodolfo las noticias que el barón de Graün había recogido sobre la Cantaora, y Germán, hijo del Maestro de Escuela, determinó ir á la casa de la calle del Templo, en donde Germán había vivido últimamente, con ánimo de descubrir la habitación actual de aquel joven por medio de la señorita Alegría : tarea harto difícil, porque la joven modista debía saber acaso que el hijo del Maestro de Escuela tenía el mayor interés en que se ignorase absolutamente su nueva morada. Alquilando en la referida casa el

cuarto en que había vivido Germán, Rodolfo facilitaría sus indagaciones, y sobre todo hallaría ocasiones de observar de cerca las distintas personas que habitaban el edificio.



¿ Á dónde vais ?

El mismo día del coloquio del barón de Graün con Murph, se dirigió Rodolfo hacia las tres de la tarde á la calle del Templo, disfrazado con un traje humilde. Esta casa, situada en el centro de un barrio comercial y populoso, nada tenía

de particular en su aspecto : componíase de un cuarto bajo ocupado por un ebanista, de otros cuatro pisos y de algunas guardillas. Un portal oscuro y estrecho conducía á un reducido patio, ó más bien á una especie de pozo cuadrado, completamente cerrado al aire y á la luz, el cual servía de común receptáculo á todas las inmundicias de la casa, que arrojaban por las ventanillas y fragaluces los vecinos de los pisos superiores.

Una luz rojiza indicaba al pie de la escalera húmeda y negra la habitación del portero. En esta covachia ahumada por la combustión de una lámpara, que era necesaria en medio del día más claro, entró Rodolfo para preguntar por el cuarto desalquilado.

Un quinqué, colocado detrás de un globo de cristal lleno de agua que le servía de reverbero, iluminaba la zahurda; en el fondo se veía un lecho cubierto con una colcha de *arlequin*, compuesta de una multitud de pedazos de telas de toda especie y de todos colores; á mano izquierda había una cómoda, cuya cubierta de mármol sostenía los siguientes adornos : 1.º un pequeño san Juan de cera con su cordero blanco y su peluca rubia, colocado en una urna de vidrio estrellado, cuyas juntas estaban cubiertas con tiras de papel azul; 2. dos candeleros viejos de plaqué enrojecidos ya por la acción del tiempo, los cuales sostenían en lugar de bujías, dos naranjas sin duda acabadas de presentar á la portera como regalo de año nuevo; 3. dos cajas, una de paja de varios colores, y otra cubierta de conchas de marisco. Estas obras del arte olían de una legua á la cárcel ó al presidio¹ (esto no es un *homenaje del autor* : ya veremos la moralidad del portero de la calle del Templo). Finalmente, entre las dos cajas y bajo un guardapolvo de cristal se veía un par de botitas de cordobán encarnado y de corte de corazón, las cuales eran unas verdaderas botas de muñeca, pero muy diestramente amoldadas, cosidas y respunteadas.

Esta *obra maestra* del arte, como diría un cofrade de san Crispín, unida á las figuras fantásticas pintadas en la pared en medio de innumerables botas y zapatos, daba bien á entender que el portero de esta casa se consagraba á la restauración del calzado viejo.

Cuando Rodolfo se decidió á entrar en esta cueva, se hallaba ausente el portero Mr. Pipelet, pero su ausencia era momentánea y lo representaba su esposa madama Pipelet, que instalada junto á un brasero colocado en medio de la habitación, parecía gravemente ocupada en oír *cantar su puchero* (esta es la expresión técnica). El Hogarth francés, Enrique Monmer, ha delineado tan bien la portera, que nos contentaremos con rogar al lector que traiga á la memoria, si quiere formarse una idea de madama Pipelet, la más fea, la más arrugada.

¹ Los encarcelados y presidiarios tienen por ocupación casi exclusiva la fabricación de estas cajitas.

la más sucia, la más indigesta, la más desdentada, la más *venenosa* de todas las porteras inmortalizadas por aquel eminente artista.

La única circunstancia que nos tomaremos la libertad de añadir, será un singular tocado compuesto de una peluca llamada á lo Tito Livio, que fué rubia, pero que con el tiempo había tomado tintes rojizos y amarillentos, oscuros y pálidos, bastante parecidos al follaje de otoño, que hacían resaltar más la intrincada confusión de unos mechones de pelo erizados, tiesos, revueltos y enmarañados. Madama Pipelet no abandonaba jamás este único y sempiterno adorno de su cráneo sexagenario.

Al ver á Rodolfo la portera pronunció con tono arrogante estas palabras consagradas en todas las porterías del mundo :

— ¿ Á dónde vais ?

— Señora, parece que hay en esta casa un cuarto y una alcoba desalquilados — dijo Rodolfo dando cierta inflexión enfática á la palabra *señora*, lo que no desagradó sin duda á madama Pipelet, pues replicó en tono más comedido :

— Hay un cuarto vacío en el cuarto piso, pero no se puede ver ahora... Alfredo ha salido.

— ¿ Es vuestro hijo, señora? ¿ Volverá pronto?

— No es mi hijo, caballero, que es mi marido. ¡ Si no podré llamar Alfredo á Pipelet sin que le tomen por otro !

— Tenéis derecho, señora, á llamarle como gustéis; mas permitidme os pregunte si debo aguardarle un momento. Quisiera alquilar el cuarto, porque me conviene bastante la situación de este barrio; la casa me gusta también : parece que está cuidada de un modo admirable. Pero antes de ver el cuarto que deseo habitar, quisiera saber, señora, si tendríais á bien encargarnos de mi servicio y asistencia, porque es mi costumbre no emplear á nadie más que á los porteros, siempre que éstos se convengan.

Esta proposición expresada en términos tan lisonjeros cautivó completamente á madama Pipelet, la cual respondió :

— Con mil amores, caballero... tendré á mucha honra hacer vuestro servicio, y por seis francos mensuales estaréis asistido como un príncipe.

— Vayan los seis francos, señora... ¿ cómo os llamáis?

— Pomona, Pentesilea, Fredegunda Pipelet.

— Muy bien, señora Pipelet, os daré los seis francos de propina cada mes. Pero si el cuarto me conviene... ¿ cuál es su precio?

— Con el gabinete 150 francos, caballero, sin que se pueda rebajar un ochavo... El casero es un avaro capaz de esquilarse un huevo.

— ¿ Cómo se llama?

— El señor Brazo Rojo.

— ¿ En dónde vive?

— En la calle de Fèves, número 13; tiene también una tabernilla en los fosos de los Campos Eliseos.

Sorprendió á Rodolfo este extraño descubrimiento, y no dudando que fuese el mismo á quien conocía, dijo á la portera :

— Si el señor Brazo Rojo es el arrendatario principal, ¿ quién es el propietario de esta casa ?

— El señor Bordón; pero yo con nadie tengo que ver sino con el señor Brazo Rojo.

Queriendo Rodolfo ganar la confianza de la portera, repuso :

— Estoy algo cansado, mi querida señora, y el frío me heló de pies á cabeza. Tomad : hacedme el favor de ir á la tienda de licores que hay en esta casa y traed una botella de buen vino y dos copas... ó más bien tres porque vuestro marido vendrá pronto.

Y dió un napoleón á la portera.

— ¡ Vaya, está visto, sois de aquellas personas á quienes es preciso adorar desde el primer momento ! — exclamó la portera, cuya nariz granujienta se encendió con el fuego de una báquica exaltación. — Voy al momento, pero no traeré más que dos copas, porque Alfredo y yo bebemos siempre por una misma. ¡ Pobre sabrosito mío ! ¡ es tan meloso y tiene tanto aquel para las mujeres !!!

— Volved pronto, señora Pipelet, y aguardaremos al señor Alfredo.

— ¿ Y me tendréis cuidado de la portería ?

— Id sin recelo.

Y la vieja salió.

Al cabo de algunos momentos se acercó un cartero á la vidriera, metió el brazo por la ventanilla, y poniendo dos cartas sobre el tablero dijo : « Tres sueldos. »

— Seis sueldos, porque son dos cartas — dijo Rodolfo.

— Una viene franca — repuso el cartero.

Miró Rodolfo maquinalmente las cartas que acaban de dejarle, y fijando en ellas la atención al cabo de un rato, le parecieron dignas de un curioso examen.

Una de ellas exhalaba un suave perfume al través de una cubierta de papel satinado. El el sello de lacre encarnado se veían estas dos letras, C. R., coronadas de una celada de encaje y apoyadas sobre un campo estrellado de la legión de honor. El sobre estaba escrito con buena letra. La pretensión heráldica que indicaban la celada y la cruz hizo sonreír á Rodolfo, y le confirmó en la idea de que esta carta no había sido escrita por una mujer : ¿ pero cómo adivinar quién sería el corresponsal blasonado y oloroso de madama Pipelet ? La otra carta de papel ordinario estaba cerrada con oblea picada con alfiler, y tenía el sobre para el señor *César Bradamanti, operador dentista*. Las letras de

este sobre eran todas mayúsculas y evidentemente disfrazadas : y ya fuese por obra de la imaginación ó por algún motivo fundado, esta carta pareció á Rodolfo del más triste agüero. Notó que las letras estaban medio borradas y el papel algo arrugado en una parte del sobre... Una lágrima había caído en aquel sitio.

Madama Pipelet volvió á entrar con la botella y las copas.

— He tardado mucho ¿ no es verdad ? pero cuando una va á la tienda del tío Pepe no hay medio de salir... ¡ Qué humor tan salado de hombre !...

— Aquí tenéis dos cartas que ha traído el cartero — dijo Rodolfo.

— ¡ Jesús ! ¡ Ave María, señor ! perdonad tanta molestia. ¿ Las habéis pagado ?

— Sí.

— Os lo agradezco en el alma, y voy á cobrarle de vuestro cambio...

¿ Cuánto es ?

— Tres sueldos — dijo Rodolfo sonriendo por el modo extraño de pagar que había adoptado madama Pipelet. — Pero, sin que parezca indiscreción, quisiera haceros observar que una de estas cartas os viene dirigida y que tenéis un corresponsal que huele bien de una legua.

— ¡ Á ver ! — dijo la portera cogiendo la carta perfumada. — ¡ Caramba ! es verdad... esto me huele á cosa de amoríos... Pero... ¿ quién será el atrevido... el osado ?...

— ¿ Y si vuestro marido estuviese aquí, madama Pipelet ?

— ¡ No digáis eso por Dios, que soy capaz de caer accidentada en vuestros brazos ! ¡ Pero qué tonta soy !... ya caigo, ya — continuó la portera encogiéndose de hombros — es del *comandante*... ¡ Ay, qué susto he llevado ! porque Alfredo es celoso como un turco.

— Aquí está la otra carta dirigida al *señor César Bradamanti*.

— ¡ Ah, sí ! el dentista del piso tercero... Voy á echarla en la *bota* de las cartas.

Rodolfo creyó haber entendido mal, pero vió que madama Pipelet echaba en efecto la carta en una *bota* vieja que estaba colgada de la pared.

Rodolfo la miró con sorpresa.

— ¡ Cómo !... — la dijo — ¿ es posible que echéis la carta ?...

— En la *bota* de las cartas ¿ y eso qué tiene de particular ? Cuando entran los de la casa Alfredo ó yo sacudimos la *bota*, se hace el repartimiento y cada mochuelo se va á su nido.

Y al mismo tiempo abrió la portera su carta y empezó á darla vueltas en todos sentidos. Después de algunos momentos de duda dijo á Rodolfo :

— Alfredo es quien lee siempre mi correspondencia, porque yo no sé.

¿ Querriais tener la bondad, caballero ?...

— ¿ De leeros la carta ? con mucho gusto — dijo Rodolfo lleno de curiosidad

por saber quién era el corresponsal de madama Pipelet, y leyó lo que sigue escrito en papel satinado, en uno de cuyos ángulos se veía la misma celada de encaje, las letras C. R., el campo heráldico y la cruz de honor :

« Mañana viernes, á las once, encenderéis el fuego en las chimeneas de los dos cuartos, limpiaréis los espejos, descubriréis todos los muebles y adornos, cuidando de no echar á perder el dorado al desempolvarlos y de no manchar ni quemar el tapiz al encender el fuego. Si por acaso no me hallare ahí cuando llegue una señora en un coche á eso de la una, la cual preguntará por mí dándome el nombre de Carlos, la haréis subir al cuarto, recogeréis la llave y no la entregaréis á nadie hasta que yo llegue. »

Á pesar del dictado poco académico de esta carta, Rodolfo, conoció desde luego su objeto, y dijo á la portera :

— ¿ Quién vive en el primer piso ?

La vieja acercó su dedo amarillo y arrugado á la fruncida boca, y respondió haciendo una mueca maliciosa :

— ¡ *Chitón!*... es cosa de mujeres... intrigas... amorios...

— Os lo pregunto, mi querida señora Pipelet... porque antes de entrar en una casa, es natural que uno desee saber...

— Y muy natural... puedo comunicaros en dos palabras todo lo que hay en el particular... Hace unas seis semanas que vino aquí un tapicero á ver el primer piso que estaba desalquilado : informóse del precio y al día siguiente volvió con un joven bien parecido, rubio, pequeños bigotes, cruz de honor, bien portado y buena camisa. El tapicero le llamaba... *el comandante*.

— ¿ Es acaso militar ?

— ¡ Militar! — repuso madama Pipelet alzando los hombros — ¡ buenas trazas tiene!... eso viene á ser lo mismo que si á mi marido le dieran el título de conserje...

— ¿ Cómo?... ¿ por qué ?

— Porque no es más ni menos que un comandante de la guardia nacional ; el tapicero le llamaba comandante para lisonjearlo, y él se complacía... como se complace Alfredo cuando le llaman conserje. En una palabra, luego que el comandante (éste es su nombre conocido) hubo visto el cuarto, dijo al tapicero : « Me agrada ; arreglaos con el casero. » « Muy bien, comandante, » repuso el otro... Y al día siguiente el tapicero firmó el arriendo en su propio nombre con Brazo Rojo, y pagó á éste seis meses adelantados, porque parece que el joven no quiere ser conocido. Pocos momentos después vinieron algunos obreros y empezaron á demoler tabiques y hacer otras reformas en el primer piso : trajeron sofás, cortinas de seda, espejos dorados y otros muebles magníficos, de modo que la habitación está que parece un café de los Baluartes... amén de una alfombra que hay por todo el suelo, tan tupida y suave que parece que anda

uno sobre felpa de seda... Luego que se concluyó la obra vino á verla el comandante, y dijo á Alfredo : « ¿ Queréis encargaros de cuidar de ese cuarto, al cual vendré pocas veces, de hacer fuego en él de cuando en cuando y de tenerlo preparado para recibirme cuando os avise por la estafeta ? » — « Sí, comandante, » le dijo mi complaciente Alfredo. — « ¿ Y cuánto me llevaréis por todo eso ? » — « Veinte francos mensuales, comandante. » — « ¡ Veinte francos! vaya, sin duda os chanceáis, portero. » — Y el bueno del hombre empezó á regatear como una frutera por ocho ó diez miserables francos, siendo así que hacia unos gastos tan espantosos para amueblar una casa en que no vivía ! Por último, á fuerza de batallar le sacamos doce francos. ¡ Doce francos! Vaya, solo el decirlo me incomoda, ¡ Miren qué señor comandante ! ¡ Buena diferencia entre los dos, caballero ! — añadió la portera dirigiéndose con urbanidad á Rodolfo : — aunque no os hacéis llamar comandante, no por eso tenéis trazas de cualquiera cosa ; y aunque también echo de ver que sois pobre porque os vais al cuarto piso, os habéis convenido en los seis francos á la primera palabra.

— ¿ Volvió á venir el comandante ?

— Eso es lo particular : parece que lo traen al retortero. Ya me escribió otras tres veces para que hiciese fuego y tuviese todo listo porque vendría una señora. ¿ Pero vístela tú?... pues yo tampoco.

— ¿ No ha venido nadie ?

— Vais á ver... La primera de las tres veces llegó el comandante hecho un ascua, payoneándose y cantando entre dientes : esperó dos horas largas... pero no vino un alma ; y cuando pasó por delante de la portería le miramos de hito en hito Pipelet y yo, y para incomodarle más le dije : « Comandante, ni una sola persona ha preguntado por vuestra salud. » « ¡ Bueno, bueno ! » respondió echando chispas y se marchó mordiéndose los dedos. La segunda vez trajo un mozo una cartita dirigida al señor Carlos, antes que él hubiese llegado ; y á Pipelet y á mi todo se nos volvía estirar el pescuezo para ver si llegaba el comandante, esperando que llevaría otro chasco como la vez primera. « Mi comandante, (le dije yo cuando llegó, por fin, llevando el revés de la mano izquierda á la altura de mi peluca con aire militar), aquí está una carta ; parece que vuelven á dejarnos hoy en blanco. » Miróme con una cara de fiera, abrió la carta, la leyó, púsose colorado como un camarón y tomó la puerta haciendo que cantaba por entre dientes ; pero lo cierto es que iba llevado de Satanás... porque es rabioso como un perro y tiene blanca la punta de la nariz, que es señal que nunca falla. ¡ Pero anda, rabia y muérete, comandante de tres al cuarto ! Con eso aprenderás á dar más de doce francos al mes por cuidarte del cuarto.

— ¿ Y la tercera vez ?

— ¡ Ah ! la tercera vez estuvo en un tris el que saliese con la suya. Llegó el comandante de punta en blanco, y tan contento y seguro de su negocio que le